

## “De la infancia a la adolescencia” Jacques-Alain Miller y otros.

Se trata en este comentario de darle relieve a uno de los hilos conductores que considero orientan, en muchos de los trabajos, las distintas temáticas planteadas: la palabra en su relación al inconsciente y la interpretación.

Ya en la presentación del libro se sitúa que hacer hablar al niño es hacer lugar a una construcción de la subjetividad que no se representa en ninguna clasificación diagnóstica. Los nuevos protocolos pseudo-científicos empujan a declarar obsoleto el rasgo creacionista del uso de la palabra, recordando la idea lacaniana de que toda lengua es neológica y el neologismo es una fuente de saber privilegiada. La palabra sigue siendo nuestro recurso príncipes. Fuente fundamental de conocimiento. A su vez, se formula desde la presentación una paráfrasis de J.A. Miller, “el niño sabe rápidamente cuán preciosa es la escucha que evita encontrar sentidos para interpretar mejor sus palabras”. Los humanos están condenados a cargar la marca de lo real que implica su inmersión en el lenguaje. Se destaca así que cada uno de los trabajos plantean la inventiva de los analistas respecto de la escucha y las intervenciones que realizan. Jacques-Alain Miller en sus tres artículos del apartado Orientación: “Interpretar al niño”, “En dirección a la adolescencia” y “Niños violentos”, refiere a Freud al recordar sobre lo imposible de gobernar y enseñar, también de analizar proponiendo que en la educación hay un dux, aquél que manda. La idea de que alguien va a dirigir las cosas. Pero se las dirige con dispositivos significantes sin pasar por alto el quantum de libido que Lacan lo vuelve maleable llamándolo a. Lacan intentó que el psicoanálisis franqueara el muro del significante para llegar a captar, maniobrar ese objeto a. Y plantea el lugar de la interpretación en el niño tomando el concepto de parlêtre, siendo que no se trata de un texto codificado/texto esclarecido. Ubica a la interpretación en su valor transformacional como línea de trabajo en tanto la interpretación va de la señalización a la transformación. Encontrándose el analista entre estas dos. Toma el grafo para dar cuenta de eso y se pregunta qué ocurre con el niño que no pasa por el código (lidiar con sus crisis, sus jaculaciones). Entonces es un problema de captura.

El analista se encuentra en posición de validar el código del otro, de validar las reglas. Interpretar al niño es del orden de la captura. Para dar cuenta de esto toma el ejemplo de estar sepultado bajo los significantes del Otro, allí, “interpretar al niño” es “extraer al sujeto”. En “Niños violentos” se pregunta si la violencia en el niño es una violencia sin frase, es la pura irrupción de la pulsión de muerte. ¿Un goce en lo real? ¿Puede el paciente ponerla en palabras? ¿Está simbolizada o es simbolizable? Desde esa perspectiva se plantea si la violencia es un síntoma o no y la interrogación respecto de cuándo la violencia surge de un fracaso del proceso de la represión y cuándo surge de una falla en el establecimiento de la defensa.

En el apartado II “El saber de la lengua”, se presentan tres casos: un niño que se encuentra con la lengua extranjera y que lo confronta con un nuevo exilio. Un niño rumano que es adoptado y que se hace un lugar en su nuevo país y luego en las letras como tratamiento de lo real donde ha logrado consentir a la lengua del Otro y pasar de la lengua al lenguaje. Una niña que no aprende a leer porque no quiere saber nada del mundo. Patricia Bosquin-Caroz realiza el comentario de los tres casos apuntando a los dos usos del saber: el saber se aprehende y el saber es un tratamiento del goce. En ese punto esclarece sobre el aprendizaje escolar por un lado y el saber que preocupa al niño por el otro. Apreciar el uso que el niño está dispuesto a hacer de lo que sabe es siempre inédito. El apartado III “El saber no se aprende” se inicia con un artículo del lingüista Pierre Encrevé, “El niño gramático”. Refiere que el niño es un lingüista, un gramático ya que construye una gramática interiorizada que le permite al mismo tiempo analizar lo que oye y producir frases que se inscriben en todas las frases de la lengua materna y que los otros emisores-oyentes de esta lengua pueden analizar y comprender. El lingüista trabaja sobre esta gramática interiorizada, no como un programa sino como lo que extrae de su práctica, para eso da como referencia: el niño que no habla, el lactante, el niño autista, el niño que juega solo, el niño que habla, el niño multilingüe y el niño que escucha un texto. Eric Laurent en “ Los traumatismos del saber” refiere sobre el niño engullido por la escuela desde la perspectiva de que si bien el ingreso a la escuela requiere perder algo de su goce, hay algo del goce del niño que la escuela no consigue tratar. En vez de reducir el goce del niño a

malas conductas, etc. Laurent propone la elaboración de la pulsión, entre traumatismo y sinthome. En el apartado “El niño del siglo y sus psicoanalistas” se da a conocer la práctica vía la interpretación. ¿Cómo interpretar al niño del siglo? ¿Cómo viene a tomar lugar en lo que hoy hace síntoma en la civilización? Dejando planteado que el Otro mismo, sus encarnaciones, se encuentran infiltrados también por este goce en exceso. Jean-Robert Rabanel propone la interpretación como una invención del lado del analista para conectar a los niños del siglo. La interpretación psicoanalítica como enigma y como desafío. De la Conversación entre C. Eliacheff, Ansermet y Alexander Stevens se desprenden algunas reflexiones acerca de la interpretación: el psicoanalista es un interlocutor para el niño. Ansermet ubica que es el niño quien interpreta. Para Stevens las historias que relatan ya son interpretaciones y por ese motivo hay que ubicar qué es lo que velan. Cómo cada niño va a cernir el real que se le presenta y abrirse a la interpretación que el niño va a producir y el analista estar atento a las respuestas, a las soluciones que él propone a través del detalle, la pequeña sorpresa. La interpretación es darle lugar al niño intérprete. El apartado V presenta tres casos donde se traduce la captura de niños pequeños en el juego significativo tomando en cuenta que nadie es propietario del lenguaje. Oscila entre el hecho de hablar y de ser hablado (por el Otro) o de haberlo sido. Doble estatuto que puede persistir más allá de los primeros años de vida. Se muestra al analista como intérprete y en su vertiente de instrumento, como lo demuestra el caso de Isabel Le Pontécaille. En el apartado VI Carolina Leduc y Jean-Robert Rabanel comentan seis casos de jóvenes donde claramente se encuentra una nueva alianza entre la identificación y la pulsión. Se pregunta cómo se hará lugar el analista como partenaire-síntoma en el punto en que el cuerpo y la lengua se han mordido. En tanto hay un más de semblante que de goce para provocar un síntoma que haga lazo. En el apartado “Frente al otro feroz” se plantea la idea de formar la palabra que rescate al sujeto de pasar al acto. Daniel Roy hace referencia a “Una nueva clínica del trauma”, Mary-Cécile Marty “Asombrar a la catástrofe” y “Unidades de crisis” de Sandra Martinon. Y una conversación con Eric Laurent donde se da cuenta del valor apaciguador de la palabra. En “Con Freud y Lacan” Jean-Robert Rabanel plantea finalmente que la interpretación está en el corazón de la práctica analítica. Hace un rastreo de la misma donde en 1953, en su retorno a Freud, Lacan propone como orientación la función de la palabra en el campo del lenguaje y repiensa la experiencia psicoanalítica. Este recorrido va de la interpretación como saber, S1, a la interpretación como cuerpo hablante, a la interpretación como corte que permite extraer el objeto a. Eric Guillot se vale del grafo, del sueño de la pequeña Anna Freud y del ejemplo de los tres hermanos, para responder a la pregunta “¿de qué modo, ese momento en el que el sujeto asume el acto de hablar, es correlativo del surgimiento del sujeto del inconsciente y de la represión?”. Que el sujeto se cuente a sí mismo en el punto de su deseo posibilitando la apertura del inconsciente es lo que encontramos en este apartado. Desde ese punto Marise Roy ubica la palabra de los padres en el tratamiento y da cuenta de la operación de sustituir al niño objeto del discurso social o familiar, por el niño sujeto de su propia toma de la palabra. Un análisis infantil puede referir al sujeto desde sus conductas o dejar un lugar vacío donde se sitúe el deseo. En ese sentido “el analista no sólo escucha las palabras que se profieren, sino también los cortes que estas palabras acarrearán. El psicoanálisis es más que la escucha de bellas palabras, es una práctica de lectura de los significantes de los cortes”, formula Zuliani. El libro se cierra con el trabajo de Alexander Stevens “¿Un niño tiene una biografía?”: se le supone al niño una escritura posible, cuando aún no puede ponerla en palabras pero puede decirla de otras maneras, las palabras de sus padres ayudan a constituir esta historia que no es una lista de hechos sino en sí misma un relato. “No son las anécdotas las que cuentan, sino la manera en que se articulan el saber, el goce y el objeto a.”

Este libro podría decirse que es un claro recorrido de la articulación de la palabra ligada al inconsciente y el nacimiento de un sujeto, que es lo que orienta a la práctica del análisis con niños. Vienen al caso las palabras de Germán García en su libro *D'escolar*: “cada hombre será marcado por el efecto de la clase (los hombres) y en tanto en ella circula un lenguaje, cada uno recibirá la significación del otro y no podrá disponer de una identidad, de una autonomía. Esta alienación en y por el lenguaje sustrae al cuerpo de un goce de sí y lo introduce en el juego de mediaciones del deseo”.

Mayo 2021

Vera Palmeri